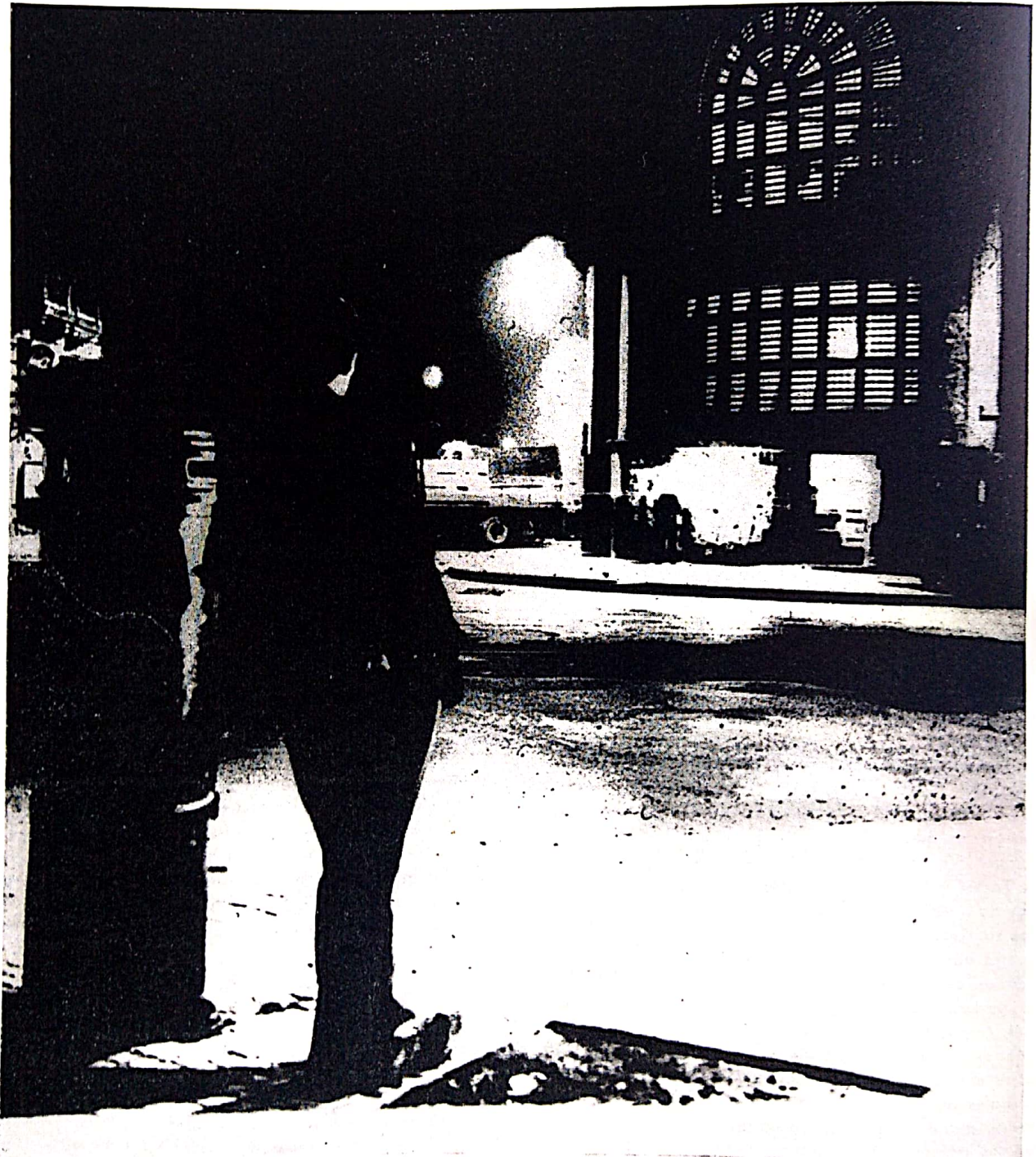


LA BARRIADA DEL ABASTO

Por Edmundo Guibourg



Debo haber contado en alguna parte la sugestión que en una noche de Londres, recorriendo antiguas calles silentes y desiertas, apenas si custodiadas a espacios largos por ateridas parejas de chaqueta roja y casco blanco, nos sobrecogió a los dos peregrinos curiosos que éramos sin rumbo, Carlos Gardel y yo, ante el surgir cuyas ruedas engomadas no arrancaban el menor estré-pito de los adoquines rezumantes de humedad, de modo que sólo se oía el ritmo del trote.

En cuanto verifiqué que yo acababa de atravesar por idéntica impresión de aparecidos, le entró miedo de haber pasado de súbito por un trance sobrenatural.

—¿A vos te hizo el mismo efecto de estampa del Abasto?—, insistía. Visión curiosa, pues a medida que avanzábamos en tanto se levantaba el telón de la niebla, nos habíamos enfrascado en las comunes recordaciones inagotables, en torno a las gentes y las cosas de aquel pedazo porteño.

En París, si por ventura nos sentábamos a la media-noche para restaurar cansancios y excesos frente a una buena sopa de cebolla en algún bistró de Les Halles, la nostalgia del Abasto que fatalmente nos invadía se com-penetraba, en cambio, con la vida bullanguera del in-menso mercado al que Zola llamara el vientre de la ciu-dad, talmente el afiebrado agitarse de acarreadores de reses, malabaristas de cajones de pescados, canastos de ostras, bolsas de verduras y cajas de frutas evocaba el trajín de los gruñones de Guardia Vieja y de Humahuaca, los que tras la noctámbula gimnasia iban a limpiar de blasfemias los labios con las ásperas grapas de los boliches.

—Los cafés de Lavalle. Los de Anchorena. Los de Agüero, que era Laprida, recapitulaba Carlos, particula-rizándose con el famoso Orondeman, nido de gente de avería. Entonces no era Agüero, porque la rectificación del nomenclador se hizo a raíz del trazado a que obligó la desaparición del baldío que iba de San Luis a Córdoba, en la proximidad de un orfelinato, hueco propicio a los raboneros.

Recordar una barriada no abarca el reseñar su his-toria o el condensar su leyenda, que remontan a catas-tros y distribuciones dentro del ejido de una urbe que fue de zona en zona, corriendo a empujones los resabios col-oniales hasta aventarlos más allá del cinturón circun-valatorio, donde Buenos Aires se distiende sobre juris-dicción ajena. Para el caso, el mismo avatar de todos los barrios que se poblaron al Oeste, después que el ban-derín del Circo Arena, donde se erigió más tarde el Teatro Politeama y ahora es una carie de la ciudad por reedificación demorada, dejó de ser una de las atalayas del Centro mirando hacia una lejanía de cercos de cina-cina y andurriales. Siendo tan densa la etapa nuestra de la que podíamos dar férvido testimonio, no pretendíamos remover tantos antecedentes. Si la poderosa e irrefutable fuerza del mito ha dispuesto que para el estudio del costumbrismo, la búsqueda de la esencia del novecientos porteño, la comprensión de modalidades típicas, el des-entrañamiento de los entresijos del alma popular, es ad-entrañamiento de los entresijos del alma popular, es ad-misible el denominador común Gardel-Buenos Aires, tanto más la ecuación Gardel-Abasto, extracta y destila la simbólica representatividad, ciñéndolo al barrio que lo prohibió mediante un apodo.

Al decir Orondeman, se nombra un tugurio que hacía las veces de fonda, regentada por los Traverso, uno de los cuales había protagonizado cierto episodio homicida en medio del jolgorio del Pabellón de las Rosas. Don Constancio, el hermano de ese oscuro héroe policial era, por el contrario, un hombre de singular perfil, de pujante silueta. Para describirlo diríamos que todos los cuentos, las narraciones, los sainetes y los dramas en que figura la reciedumbre del caudillo político de parroquia, incondi-cional secuaz de los dueños del poder, árbitros de los comicios fraudulentos, reflejan rasgos de aquella energía, aquella prepotencia, aquel paternalismo, aquella ines-crupulosidad, aquel sentido feudal, condiciones apaña-doras de vicios y delitos y capaces también de algunas virtudes: coraje, lealtad, generosidad. Mal podíamos ol-vidarnos del comité de Anchorena y Zelaya, entre gá-rrulos conventillos, local donde por primera vez ví a Car-lo's adolescente apretado a una guitarra prestada. Comité de una prolongación de Balvanera al que muy de tarde en tarde se dignaban llegar personajes que estaban en el candelero y candidatos digitados, desde las levitas próceres de D. Benito y de D. José Evaristo hasta el jac-quet del obeso Pedro Cernadas y la corbata Lavalliére del jovencito Belisario Roldán. No faltaban allí payadores reputados y cuando no lo interrumpía el escándalo de jugadores de tabas, se hacía oír un mozo escuálido "todo de negro vestido", Bettinoti, al que se le requería la con-sabida "pobre madre querida", brecha sensiblera del malevaje, pues que en las referencias orales del vecin-dario el arrepentimiento filial complementaba las cróni-cas policiales cuando la Penitenciaría alojaba, destinados a "perpetua", a muchachos del barrio a los que se les había ido la mano y el cuchillo al meterse a robar a unos viejos carboneros de la calle Bustamante o al toparse con un vigilante poco prudente en la cortada de Rocamora. Los crímenes sensacionales se convierten en la épica del paraje si por ventura han ocurrido en el dis-trito o rozan a sus vecinos. Folletines de largo impacto. Por otra parte, la inquietud del 900 prestaba a algunos sucesos un tinte muy del tiempo, de protesta social, con-secuencia vengativa de alguna huelga, de algún movi-miento de gremio y entonces la nota roja se mezclaba con un escarlata reivindicatoria. Los mismos anarquis-tas no sabían que eran románticos. En el Abasto no fal-taron refugios; por algo las imprentas ocupaban cuevas de subsuelo.

Rebeldías que contrastaban en medio de hábitos pue-blerinos, porque facinerosos y conspiradores hallaban lu-gar propicio en sitios plácidos como las canchas de bo-chas, frecuentadas en horas de descanso de la gente trabajadora, contiguas a rincones todavía más mansos y de mayor atraso urbano, por ejemplo el tambo del viejo Pizarro, en la calle Billinghamurst, donde crecieron todos los vástagos que iban a ilustrar los anales del tango en París. Las dos magras vacas solían estacionar frente a una casa donde había títeres, representaciones infantiles y pequeños deportes, en una fábrica de la calle Tucumán en la cual las hojas de tabaco paraguayo se arrollaban en cigarros toscanos. Los emprendedores dueños practicaban la incitación del arte empezando por el bel canto. Títeres hubo en patios diversos o aprove-chaban los fondos entre higueras y tapias con crestas de vidrios rotos.

De los muñecos, a la afición y tentación de las tablas existía sólo la distancia entre edades. Los muchachos volvían de los teatros céntricos tarareando canciones o repitiendo frases con acuerdo al tono de los intérpretes

preferidos. Unos se pronunciaban por Battaglia y otros por Pablo Podestá, no siendo los primarios que creían en Latapie o Helnault, "moreiras" que habían reemplazado a don Pepe en picaderos sobrevivientes. El barrio albergaba un teatro, el Libertad y nada menos que el Circo Anselmi. No existían aún los israelizados Excelsior y Soleil. Pero la mozada de los cuadros filodramáticos se iba a destrozarse los dramas en salones de baile muy distantes, formando las huestes de Bono, de Rigaldo, de Logarzo, de Corradi o de Ferrando, cuando no era Mario Perelli el incansable concitador. Las marionetas, los fantoches de cachiporra, los telones y el mismo tingladillo se armaban de confección doméstica y vocacional gracias al aporte del vecino decorador de paredes, del vecino tallista o de las costureritas fraternas y merced también a los pocos pesos para primeros gastos tributados por el dueño de la licorería, el tendero o el almacenero. En materia de almaceneros los había popularísimos, engraidos en mérito a la confianza de la coqueta clientela femenina, más pretenciosa que la que cedía a los halagos de los vendedores callejeros y de los mayores de los tranvías a caballo, cuya estación "La Nueva" ofrecía portones a dos calles y cuyos cuarteadores paraban en las esquinas de repecho.

De una de esas esquinas de barras temibles, la de Bermejo y Tucumán, hacía memoria especialísima Gardel, porque de muy chico charlaba con el cuarteador. Andando el tiempo se preguntó si por casualidad el guapo que prestaba atención al pequeño escolar no podía haber sido Villoldo, el autor de El choclo, de tan variada vida. El acordeón de Villoldo amenizó un peringundín en Cangallo y Gallo. En el bar de Pueyrredón y San Luis resonaba el bandoneón de Pacho, auténtica réplica a las voces de Barracas o de Flores, tratárase de Arolas o del tano Expósito. El azar lo llevó al cantor popularizado a instalar a doña Berta, su mamá, cerca de la nostálgica esquina, en Jean Jaurés, que fue Quirno Costa y había sido la Bermejo de la infancia.

Infancia de los carnavales de Centro América (hoy Pueyrredón); de las comparsas como la de "Los Pelotaris", del maestro Cheli, en cuyas filas de rigurosa boina no había casi ningún vasco o como "Los Mitristas", en que un tal Ambrosetti remedaba al prohombre de "La Nación"; las excursiones al gasómetro de Nueva Granada (hoy Boulogne-sur-mer); el primigenio fútbol en los descampados de Sadi Carnot (hoy Mario Bravo); de las freidurías en la recova del Once; los corralones de carritos verduleros plagados de firuletes y dotados de lemas; el heladero Plaza que a las puertas del mercado, fiaba cucuruchos.

Ya llegarían con el bozo y los pantalones largos el llamamiento de la lujuria del sábado, la caña paraguaya del café de Prono, la buseca del Chanta Cuatro, los billares del Pelado, las cantinas de taralos y lupines. Y la clorosis de las chicas compuestas para el plantón a la hora de la puerta de calle.

Más populoso se hacía, más concentraba el barrio sus efluvios en ese olor a hojas de repollo pisoteadas o el más chocante de los depósitos de quesos; en esa aparente lozanía de los carniceros que no leían otra cosa que las anotaciones hípicas y el hurgar de las mujeres entre el rezongo de los puesteros de papas y porotos, como el padre de Pepe Arias, cómico que nos hacía reír fuera del escenario cuando se jactaba de su ascendencia de almirantes. Porque no todos querían como nosotros con toda el alma conservarse adictos a una de las estampas más coloridas del Buenos Aires tutelar.

COMUNICADO:

A LOS SEÑORES MÉDICOS OFTALMÓLOGOS:

El nuevo directorio de esta empresa tiene el agrado de saludar muy cordialmente a los señores miembros de esta especialidad y les reitera sus propósitos de colaboración con tan digna profesión, ofreciéndoles la más absoluta garantía en todos los servicios que pueda brindarles.

En ese afán de seguir sirviendo a los señores médicos oftalmólogos y al público que confía las recetas de sus profesionales a nuestra casa, informamos la implantación de una "Ficha Oftalmográfica", nuevo elemento que permite tomar medidas reales de distancia interpupilar en cada ojo por separado: altura de pupila; distancia al vértice y tamaño de pupila.

Esta ficha (registrada) es un nuevo elemento que aportamos para la buena ejecución de las instrucciones de los señores profesionales y un adelanto técnico más, que incluimos en nuestro equipo, junto a otros aparatos de precisión y control.

Queremos ofrecer, así, a los señores médicos oculistas, la seguridad de que sus prescripciones serán cumplidas en sus más mínimos detalles en nuestra permanente e ineludible colaboración con el noble cuerpo médico.

Nuestra Empresa, conocedora de su misión auxiliar y contando con instalaciones y aparatos adecuados para ejecutar fielmente las recetas de los profesionales, recuerda al público que, luego de visitar su médico oculista (pues nadie más que él debe cuidar sus ojos) puede confiar la realización de la receta en quienes ofrecemos idoneidad y tradición.

Los profesionales, a su vez, conocen la calidad de nuestros servicios y confían en el control que ejercemos sobre los trabajos que entregamos a sus pacientes.

GRIENSU SUCURSALES: Callao 99
Santa Fe 1429 - Rivadavia
6846 - Rivadavia 11376
Mar del Plata: San Martín 2275
Miramar: 9 de Julio y 16
Tandil: 9 de Julio y Pinto.

FLORIDA 118